



movimientos de población en el occidente de México

Thomas Calvo y Gustavo López

(Coordinadores)



CEMCA
Centre d'Etudes Mexicaines
et Centraméricaines



Movimientos de población en el occidente de México

Thomas Calvo y Gustavo López
(Coordinadores)



EL COLEGIO DE MICHOACÁN



CENTRE D'ETUDES MEXICAINES
ET CENTRAMERICAINES

INDICE

Presentación	9
Apuntes para el análisis de las migraciones en el México prehispánico.	13
Circuitos migratorios	25
Migración internacional por regiones en Michoacán	51
Análisis de las migraciones internas mexicanas a nivel regional y local. El caso de Lázaro Cárdenas	81
Algunas implicaciones de los cambios en los patrones de asentamiento indígena durante el siglo XVI: especulación aritmética e historia conjetural	103
Intercambios, movimientos de población y trabajo en la diócesis de Michoacán en el siglo XVI (un aspecto de las <i>Relaciones geográficas de 1580</i>)	123
Colonización española y despoblación de las comunidades indígenas (la catástrofe demográfica entre los indios de Michoacán en el siglo XVI, según las <i>Relaciones geográficas de las Indias 1579-1582</i>)	139
Patrones de migración en Michoacán en el siglo XVIII: datos y metodologías	169
Movimientos de población en el centro-occidente de México: Tercera sesión, Siglo XIX	207

Migraciones a Zamora en los albores de la Independencia	213
Migración al suroeste de Michoacán durante el Porfiriato: el caso de Aguililla	231
Arrieros, braceros y migrantes del oeste michoacano (1849-1911)	253
Migración y sociedad, Parral, Chihuahua, 1777, 1930	265
Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para las que se quedan y para las que se van	281
Comunicaciones, organización del espacio y migraciones: las sierras del oeste michoacano	299
Migración, estrategias de vida y concentración del poder político en un ejido de la región zamorana en Michoacán	317
El proceso de “norteamericanización”: impacto de la migración internacional en Chavinda, Michoacán	337
De Jaripo a Stockton, California: un caso de migración en Michoacán	359

COMUNICACIONES, ORGANIZACION DEL ESPACIO Y MIGRACIONES: LAS SIERRAS DEL OESTE MICHOACANO

Thierry Linck
Esteban Barragán
El Colegio de Michoacán

La historia contemporánea de México está marcada por una expansión urbana muy importante, rápida y sumamente desequilibrada. Con sus aproximadamente 18 millones de habitantes la ciudad de México llegó a ser la aglomeración más grande del mundo. Aunque no ha sido tan espectacular, el crecimiento de las áreas metropolitanas de Guadalajara y Monterrey no se ha quedado muy atrás. En total, la población que vive en las grandes metrópolis nacionales tiene un peso equivalente al de toda la población rural.

El rápido crecimiento de las grandes urbes deja entender que ellas fueron las principales beneficiadas de los frutos de la expansión económica de los últimos decenios. De hecho, el desarrollo de las ciudades intermedias y, sobre todo, pequeñas, ha sido incomparablemente menor y mucho más errático. Con el tiempo, éstas se han venido transformando en simples apéndices de un sistema económico y social totalmente volcado hacia las grandes urbes del país. Pero, esta evolución no podía realizarse sin que se cuestionaran las funciones que tradicionalmente cumplen las ciudades de este rango: ordenamiento del espacio y rectoría de las economías regionales. La urbanización se está claramente definiendo como un proceso propio a despertar muchas dudas sobre la capacidad del país para asegurar una amplia ocupación y valorización del territorio nacional. Mucho es de temer que los profundos desequilibrios que siempre han caracterizado a la ocupación del territorio se vayan agudizando pese al rápido crecimiento demográfico.

Por cierto, no cabe duda que la expansión urbana se haya llevado a cabo a expensas de las áreas rurales. Así, la población rural (la que vive en localidades de menos de 2 500 habitantes) representaba en 1946 dos tercios de la población total. Deja de ser mayoritaria en 1960 para representar en 1980 tan sólo un tercio de la población total.¹ Lógicamente, el éxodo rural se alimentó de un notable éxodo agrícola. La expansión de las actividades urbanas (y del sector informal) tuvo su contrapartida

en un descenso correlativo y marcado de las actividades rurales. Así el peso relativo de la población agrícola en la población activa total evoluciona en el mismo sentido que la población rural.²

Por muy llamativos que sean, estos cambios no permiten afirmar que la ocupación efectiva del territorio nacional esté amenazada. El éxodo rural ha sido, en efecto, ampliamente compensado por un fuerte crecimiento demográfico. Así, a lo largo del periodo contemplado, la población rural no deja de incrementarse, lo mismo que la población agrícola. Los rurales pasan de menos de 13 millones en 1940 a más de 22 millones en 1980.³

En realidad, la urbanización del país no puede resumirse en un simple proceso de concentración urbana. Sus efectos sobre las sociedades y las actividades rurales no se pueden medir solamente a través de una simple estimación global en los movimientos de población.

Por una parte, es indudable que la urbanización contribuyó poco a dinamizar la agricultura. Esta se benefició marginalmente de la extensión de los mercados urbanos y del incremento de la riqueza nacional. Ahora bien, los bajos ingresos que proporciona la agricultura y, en general, la precariedad de las condiciones de vida de los rurales, conforman presiones permanentes al éxodo. En este sentido es importante subrayar el hecho de que el diferencial de productividad del trabajo entre las actividades agropecuarias y el conjunto de la economía no se reduce. Al contrario, la participación de sus actividades en la formación del producto interno bruto disminuye más rápidamente que el peso de la población agrícola en la PEA total. Esta tendencia es más marcada aún si se compara la evolución de la productividad del trabajo en las actividades agropecuarias y en la industria.

Por otra parte, la agricultura mexicana dista mucho de conformar un sector homogéneo. Las políticas agrarias poscardenistas y la implementación del modelo agro-exportador han impulsado una estricta división del trabajo dentro del sector. Bajo el amparo del riego, de la tecnificación y de la obtención de importantes economías de escala, de un acceso exclusivo a los mercados urbanos y de precios atractivos, la agricultura capitalista se ha desarrollado prácticamente sin trabas. En contraste, la agricultura campesina ha venido especializándose cada día más estrictamente en la producción de bienes-salario en condiciones (agronómicas, económicas y técnicas) adversas. En efecto, la diferenciación creciente de ambas agriculturas no impide que compitan para el acceso a los mercados urbanos. Pero se trata obviamente de una competencia desigual que, con la imposibilidad de realizar pequeños volúmenes

de producción, resta a la agricultura campesina gran parte de su base de reproducción. El fuerte crecimiento a lo largo de los últimos 15 años de la fruticultura (plantaciones), de la avicultura y de la porcicultura industriales y la evolución del mercado de los lácteos⁴ lo evidencian claramente.

Esta división del trabajo en la agricultura es también, en gran medida, una división entre riego y temporal, entre la valorización de economías de escala y el aprovechamiento de recursos y energías dispersos. Ahora bien, si la agricultura de riego favorece a elevadas densidades de poblamiento, la agricultura de temporal, mucho más heterogénea, tiende a asociarse con bajas densidades, al menos de acuerdo con el grado de dispersión de los recursos y la magnitud de los accidentes del temporal y del relieve. En otros términos, la ocupación efectiva del espacio depende sobre todo de la agricultura de temporal. En corolario, el hecho de que ésta atravesase desde hace más de 20 años una profunda crisis deja temer que la ocupación del espacio se encuentre en peligro.

En esta perspectiva, es probable que el incremento absoluto de la población rural oculte movimientos contrarios difíciles de estimar. Es verosímil que el éxodo rural y agrícola se resienta primero y más fuertemente en las regiones más precarias. En este sentido, no se puede dejar de poner énfasis en el hecho de que México es un país de relieve accidentado y en el cual la extensión de las redes de comunicación encuentra fuertes obstáculos. Cuenta con numerosas y extensas regiones de acceso difícil caracterizadas por una fuerte dispersión del hábitat, de la población y de los recursos. Son regiones cuya organización económica y social se asienta en una racionalidad propia. Dependen en un alto grado de una agricultura rústica, extensiva⁵ y sumamente diversificada. Además de las producciones animales (ganadería mayor) y vegetales (maíz) fundamentales se produce poco de muchas cosas diferentes para sacar el mayor provecho de recursos diseminados en el espacio y contrarrestar la aleatoriedad de las condiciones de producción y, en general, de vida. No son de por sí regiones aisladas y, mucho menos, anárquicas. La ausencia de energía eléctrica, de caminos, de escuelas, de teléfono y de oficinas de correo o telégrafo no implica por necesidad una ausencia total de contactos con la sociedad nacional ni de intercambios en el seno de las sociedades regionales. Es más, estos contactos e intercambios son fundamentales para la sobrevivencia de estas regiones y de sus habitantes. Han podido florecer, y permanecer siempre que se puede prescindir de los medios modernos de comunicación y, en particular, del empleo de energías fósiles. En este sentido, se puede afirmar

que la suerte de estas regiones depende en un alto grado de la existencia de sistemas de transporte y comunicación tradicionales, fuertemente personalizados y basados en el empleo exclusivo de energía muscular (animal o humana). Este tipo de transporte es lento, pero bastante eficiente sobre distancias relativamente cortas. Sobre todo, su versatilidad (permite la movilización de pequeñas cargas sin que importe mucho su naturaleza) demuestra su adaptación a las características económicas y sociales de las regiones apartadas y accidentadas. De él depende así fundamentalmente su abasto en las ciudades mercado vecinas y la realización, en éstas, de la mayor parte de sus excedentes comercializables.

Pero, por mala fortuna, se trata de sistemas de transporte que, lo mismo que los sistemas de producción, se asientan en una racionalidad económica ajena al tipo de desarrollo que caracteriza a la sociedad nacional en su conjunto. No pueden adaptarse a las reglas que imponen una división espacial estricta del trabajo, la constitución de redes de comercialización centralizadas y la hegemonía de un sistema de transporte concebido para movilizar rápidamente y sobre grandes distancias cargas elevadas de un solo género de producto. Así, el cuestionamiento de los sistemas tradicionales de comunicación y transporte cierra los mercados tradicionales, desquicia las organizaciones económicas y sociales regionales y agudiza sus aislamiento. En este sentido, la marginalización de extensas áreas del territorio nacional muy bien puede interpretarse como la consecuencia de una dinámica global de cambio profundamente marcada por el ritmo y las modalidades de la urbanización del país. El decaimiento económico y el despoblamiento de estas regiones puede relacionarse así directamente con sus modalidades de integración a la sociedad nacional y con la imposición de una racionalidad económica ajena. El origen del proceso puede ubicarse sin ambigüedad en las grandes urbes del país: conforman los verdaderos centros de gravedad del aparato productivo nacional. Su entendimiento exige, sin embargo, un conocimiento mínimo previo de la racionalidad que rige esas organizaciones regionales peculiares.

Vivir en el otro mundo

La información disponible sobre regiones apartadas es sumamente limitada. Son lugares que los encuestadores de los censos nacionales suelen ignorar casi por completo, al igual que todos los burócratas. A pesar

de que el acervo estadístico sea muy pobre, sobran los indicios que evidencian el peso territorial y hasta poblacional de tales regiones. Basta consultar un mapa del país para comprobar que los grandes macizos y el norte del país suelen caracterizarse por muy bajas densidades de poblamiento y una ausencia casi total de vías de comunicación. Bajo este criterio, la mitad o más del territorio nacional está compuesta de regiones de acceso difícil con problemas de retención de su población. En Michoacán, de las vertientes meridionales del Eje Neo-Volcánico a la costa —incluyendo la Sierra Madre del Sur y parte de Tierra Caliente— puede considerarse que las dos terceras partes del estado se encuentran en esta situación. Son regiones escasamente pobladas, pero muy extensas que, sumadas, llegan a albergar una parte significativa de la población nacional. Así, de acuerdo con el Plan Nacional de Desarrollo, alrededor de 7 millones de mexicanos (10% de la población total) viven al margen del sistema nacional de caminos y carreteras. En la gran mayoría de los casos, radican en localidades pequeñas, diseminadas en el espacio, simples ranchos que carecen de los servicios hoy en día considerados como esenciales: energía eléctrica, agua potable, drenaje, iglesias, escuelas y demás servicios públicos.

Es por lo general difícil saber más de estas poblaciones. Al igual que los demás empleados públicos, los científicos sociales raras veces se toman la molestia de aventarse horas de caminata para llegar a sus terrenos de estudio. Afortunadamente hay excepciones. En su tesis de maestría, *Más allá de los caminos: los rancheros de la sierra*,⁶ Esteban Barragán ha logrado entender la racionalidad de la organización social y económica de una de estas regiones apartadas. Esta región localizada en las vertientes de la Sierra del Tigre, en los confines de Michoacán y Jalisco, no resume desde luego todos los rasgos de las tierras apartadas. Sin embargo, no cabe duda de que los accidentes del relieve, la falta de comunicaciones y de servicios, la escasez de gente y la necesidad de entablar relaciones múltiples con la sociedad nacional conforman rasgos que todas comparten. En este sentido, el estudio de Esteban Barragán permite entender procesos y una dinámica general de cambio que todas estas regiones comparten.

Las vertientes de la Sierra del Tigre son sumamente accidentadas. En un área total de cerca de 400 km², las amplitudes de altura exceden, sobre muy cortas distancias, los 1 000 m. Entre barrancas y cañadas, resulta sumamente difícil encontrar bloques de terreno plano mayores de 5 ha. El relieve implica una elevada dispersión de los recursos aprovechables por el hombre. Cultivar terrenos con pendientes

mayores de 40 o 50% no resulta nada fácil. Para empezar, hay que renunciar a establecer terrenos de cultivo permanente. Las pendientes decuplican los daños de erosión. La fertilidad de los suelos se agota así en poco tiempo. En ausencia de la sombra que proporciona la vegetación perenne, la invasión de malas hierbas se torna pronto incontrolable, a punto de impedir el cultivo del maíz.

En tales condiciones, la agricultura puede difícilmente prescindir de barbechos muy largos. Diez años son un mínimo, o sea el tiempo indispensable para que la vegetación perenne cubra y ahogue las gramíneas espontáneas y permita una cierta regeneración de la fertilidad natural de los suelos. Los ciclos agrícolas se inician así con una intensa labor de desmonte. A lo largo de la estación seca, la vegetación arbustiva se tumba (sin destronque) con machete, se amontona, se seca y se le prende fuego. La siembra tiene que llevarse a cabo a más tardar con el inicio de las lluvias⁷ para que el maíz no compita en condiciones desventajosas con las adventicias. Desde luego, se realiza a mano, con una simple coa, en terrenos que no han sido barbechados: en esas tierras de mucha pendiente, generalmente muy pedregosas, los arados y los animales de tiro no tienen campo. Por esas mismas razones, no hay escardas, sino limpias manuales sucesivas que el uso creciente de herbicidas hace menos penosas. La campaña de cultivo finaliza en diciembre con la cosecha del maíz seco. Esta evidencia rendimientos bastante elevados, del orden de 17 quintales por hectárea que se comparan favorablemente con los de los cultivos mecanizados o de tracción animal (temporal) en las regiones vecinas.

La necesidad de respetar largos periodos de descanso tiene inevitablemente fuertes implicaciones sobre la habitación. Para satisfacer sus necesidades alimenticias, mantener sus animales (aves, cerdos y ganado mayor), premunirse contra los accidentes o disponer de pequeños excedentes, cada familia requiere en promedio del producto de unas 3 ha de cultivo. Tomando en cuenta la duración de los barbechos, esta superficie tiene que multiplicarse por diez. En realidad es aún mayor el número de tierras que no son aptas para los cultivos. Esta característica puede relacionarse directamente con dos rasgos muy importantes.

Por una parte, en tales condiciones, la agricultura no puede asegurar el mantenimiento de una población elevada. La distancia de los mercados, la falta de comunicaciones limitan (aunque, como se verá, no del todo) las posibilidades de diversificación de actividades y de diferenciación de oficios. Las densidades de población se mantienen así en niveles muy bajos: Esteban Barragán estima así que, en la región que

estudia, no hay más de cinco habitantes por km². La existencia de limitantes absolutos al crecimiento poblacional ha redundado en la existencia de una corriente migratoria permanente, estructural. En base a un estudio genealógico exhaustivo sobre alrededor de un siglo, Esteban Barragán estima así que al menos un tercio de la descendencia inmediata de cada generación se vio obligada a abandonar su terruño. La Sierra del Tigre contribuyó así a poblar el sur del estado (colonización), Tierra Caliente y las regiones vecinas y, luego, a alimentar las corrientes migratorias hacia las grandes ciudades del país y a los Estados Unidos. La existencia de estas corrientes migratorias "normales" es importante en la medida en que, como componente del patrimonio cultural, permite relativizar el aislamiento regional. Son migraciones que no implican en sí ninguna amenaza para los tejidos económicos y sociales regionales pero que sí pueden, en condiciones propicias, convertirse en una verdadera sangría.

Por otra parte, los habitantes tienden a estar sumamente dispersos y tendencialmente inestables, al menos entre las familias de cultivadores. La población de las vertientes de la Sierra del Tigre vive así, casi exclusivamente, en pequeñas rancherías distantes entre sí de no menos de 5 km y que no albergan a más de dos o tres familias. Aún así los recorridos necesarios para llegar a los desmontes (parcelas de cultivo) son a menudo mayores de dos o tres horas.

La observación de largos periodos de descanso limita estrictamente la intensificación de los cultivos pero beneficia directamente a la ganadería mayor. A tal grado que esta actividad puede identificarse sin ambigüedades como el verdadero centro de gravedad de un sistema agrario basado en una estricta complementariedad entre producciones animales y vegetales. La existencia de fuertes sinergias entre ambas actividades queda manifiesta tan pronto como terminan las cosechas. Las milpas abandonadas después de una única campaña de cultivo están libres de toda vegetación perenne, sin ningún obstáculo al crecimiento del pasto o al paso de los animales. En este sentido, se puede afirmar que la finalidad de los cultivos radica seguramente menos en la cosecha de granos que en la producción de agostaderos. Este no es el único vínculo que une cultivo del maíz y ganadería mayor. El rastrojo que se abandona en las milpas constituye un recurso forrajero apreciado cuando la estación seca se alarga más de lo normal. Los granos, en los periodos críticos (de marzo en adelante), proporcionan un complemento muy importante. Los ganaderos suelen dar alrededor de cinco litros de

granos cada tercer día a las vacas en gestación y a los animales más débiles.

Se puede observar asimismo una complementariedad notable de los calendarios de trabajo de ambas actividades. La estación seca, de febrero en adelante, es el periodo de mayor actividad para los cultivadores. Dedicán la mayor parte de su tiempo a desmontar y limpiar los terrenos que se sembrarán con las primeras lluvias. Es en cambio un periodo de menor actividad para los ganaderos. Se ocupan en la rehabilitación de las cercas, en la reparación de sus casas y dan un cuidado general y superficial a los animales.

Esta situación cambia del todo una vez entrada la estación de lluvias. Los animales tienen que trasladarse a los potreros de verano y separarse para la organización de la ordeña. Se inicia entonces un periodo de intensa actividad que durará alrededor de cuatro meses. Todas las fuerzas disponibles, incluyendo a las que los cultivos han liberado, se movilizan para realizar la ordeña, arrear y atender los animales, producir queso y requesón. Se aprovecha así una producción marginal de leche (de dos a cuatro litros diarios por vientre) que se convierte en reservas alimenticias y, sobre todo, en excedentes para la venta. El queso constituye así, después de la venta de animales en pie (becerros de dos años y animales de reforma), la principal fuente de ingresos monetarios de la región.

La vocación ganadera de esta región se refleja directamente en la estructura agraria dominante. La necesidad de respetar largos periodos de descanso limita estrictamente el número de pequeños predios a vocación agrícola. De hecho predominan por mucho las producciones de regular tamaño: 250 ha en promedio con hatos de alrededor de 60 animales adultos. Se trata desde luego de predios caracterizados por una vocación ganadera marcada; esta actividad es la única que permite un aprovechamiento global y continuo del espacio. Sin embargo no se puede hablar tampoco de especialización estricta: hemos visto que la ganadería alcanza su máxima eficiencia cuando está asociada con el maíz. Por lo general, esta asociación sólo se verifica parcialmente en el marco de las unidades domésticas. Por una parte, los predios son demasiado extensos para que la fuerza de trabajo familiar pueda utilizarse en los cultivos sin perjuicio para la ganadería. Por otra parte, y sobre todo, la ganadería resulta incomparablemente más remunerativa que el cultivo del maíz. Los ganaderos tienden por lo tanto a canalizar hacia esta

actividad la totalidad de sus esfuerzos productivos y de sus ahorros; acumulan animales para comprar más tierras que permitirán atender un mayor número de animales.⁸

La mediería ofrece una alternativa muy acorde con este tipo de estrategia: no cuestiona el destino que los ganaderos dan a su fuerza de trabajo y a sus ahorros. Permite producir agostaderos y da acceso al maíz indispensable tanto para los hombres como para los animales. En este sentido, si la asociación maíz-ganado conforma la base del sistema de producción, la mediería constituye el armazón de la organización del trabajo y de la sociedad regional. Se trata de toda evidencia de una sociedad ampliamente dominada por los ganaderos. Concentran el poder de decisión y, en particular, tienen la última palabra en lo que a contratos de mediería se refiere. Controlan el espacio y el excedente agrícola, tanto bajo la forma de animales y de queso como de maíz. Son también, desde luego, los únicos en condición de acumular.⁹

El papel rector que desempeñan los ganaderos y la ganadería no permite minimizar el peso real de 100 medieros ya que la producción de forrajes depende en gran parte de su trabajo. Conforman sin embargo el eslabón más débil del sistema de producción. En las condiciones prevalentes, la agricultura es muy exigente y muy poco remunerativa. El maíz carece de mercado y sólo permite acumular en la medida en que puede valorarse con las producciones animales: algo que los medieros, precisamente, no pueden hacer. Estos conforman por lo tanto un estrato social en potencia sumamente sensible al poder atractivo de las ciudades. ¿Qué razón oponen a las comodidades y a los servicios que ofrece el medio urbano cuando uno, en su lugar de origen, no tiene esperanzas de salir de su pobreza?

La realidad resulta sin embargo algo más compleja. La economía regional no se puede resumir del todo en el binomio maíz-ganado mayor y los medieros nunca han sido simples monocultivadores de maíz. En el mismo sentido, la fuerte polarización de la estructura social regional no excluye toda flexibilidad. Resulta al menos suavizada por los lazos familiares, existentes o por establecer, que unen a todos los habitantes y por un número variable de relaciones de convivencia. En esta perspectiva se puede afirmar que la capacidad de retención de la población es una función directa de la complejidad de los tejidos económicos y sociales regionales. Es un hecho ampliamente demostrado en el caso de las vertientes de la Sierra del Tigre. Esteban Barragán establece así una correlación estrecha entre nivel de poblamiento y diversificación de

actividades durante y después del auge regional (de 1940 a mediados de los 60). Esta diversificación se observa desde luego en el seno de las unidades domésticas. La ganadería mayor y el cuidado de las milpas se complementan a menudo con una ganadería menor dinámica. Una parte de los excedentes de grano y del maíz desperdiciado (empolillado) se canalizaba hacia las aves de corral y los puercos. Todos los ranchos contaban además con su pequeña huerta de frutas y hortalizas donde se daba una amplia variedad de productos.

La diversificación de actividades no era patente únicamente en el ámbito familiar. Se desarrollaron nuevos oficios y la organización del trabajo se hizo más compleja y flexible. Los escasos terrenos planos que contaban con posibilidades de riego se aprovecharon para cultivar caña y producir piloncillo. Los 15 trapiches con que llegó a contar la región en los años 50 abrieron fuentes de trabajo nada desdeñables: sobre diez empleos directos por empresa. Varios artesanos se dedicaban al trabajo de fibras vegetales (palma, angeo, otate), de la madera y del cuero. Otros se especializaban en la construcción o rehabilitación de las cercas de piedra. Algunos campesinos se empeñaban en el cultivo y elaboración del tabaco. Otros se juntaron para formar un conjunto musical. No faltaban los comerciantes y los arrieros...

El auge económico y demográfico no podía dejar de fomentar una fuerte activación de la vida social. Bajo los auspicios de la Iglesia —hacia ella se canalizan muchas de las aspiraciones de la población local como lo demuestra el número de vocaciones sacerdotales— las relaciones de convivencia se intensifican notablemente. Son relaciones que contribuyen a aminorar los conflictos latentes y dan a la sociedad regional una cohesión sorprendente. Al menos evidencian que la dispersión de la población y las distancias no constituyen obstáculos infranqueables para la expansión de la vida social. Las visitas que efectuaba mensualmente el párroco, hasta entrados los años 70, reunían a toda la población en un acto de intensa convivencia que se prolongaba más allá del oficio religioso. Ofrecían la posibilidad de intercambiar opiniones y productos y, con la mediación del sacerdote, de resolver muchos de los pleitos familiares o de vecinos. Los matrimonios ofrecían también motivo de convivencia y fiesta que contribuían a relativizar la polarización de la estructura social regional. En ellos se fijaban muchas de las aspiraciones de cambio de *status*. Al menos demostraban que la estratificación de la sociedad regional no era del todo rígida. En el mismo sentido, los abrazos sellaban en un acto festivo las alianzas familiares que se establecían con el compadrazgo. Las relaciones comunitarias se

fortalecían también con las matanzas de puercos, pretexto para fiestas que reunían a los vecinos, independientemente de su posición social, para consumir y compartir la carne fresca. Constituían también relaciones de intercambio que, al suponer cierta reciprocidad, se extendían indefinidamente en el tiempo. Los herraderos se relacionaban mucho más directamente con las actividades productivas y la organización del trabajo. Se trataba de fiestas que organizaban los ganaderos para celebrar el fin de la temporada de ordeña y recibir ayuda extrafamiliar para herrar los becerros.

Considerando el aislamiento regional, la dispersión de los habitantes y los bajos indicios de poblamiento, no cabe duda que tanto el auge económico como el florecimiento de las relaciones comunitarias suponían un desarrollo particular de las funciones de comunicaciones y transporte. Tal es sustancialmente el caso de la diversificación y expansión de las actividades productivas. Así, la diferenciación de oficios y el reforzamiento de la división del trabajo no se hubieran dado sin una notable expansión de los intercambios. En el mismo sentido, el desarrollo de las actividades de apoyo (ganaderías menores, fruticultura y horticultura) en el seno de las unidades domésticas no hubiera alcanzado tales niveles con el único incentivo del autoabasto. El auge de todas estas actividades presupone el acceso a un mercado bastante amplio. En este sentido, la expansión de la economía y de la sociedad regionales no puede entenderse sin aludir al papel que desempeñaban los comerciantes y los arrieros ni sin referencias al sistema de transporte en base al cual operaban.

El estudio de estos intercambios pone en evidencia el importante papel que desempeñaban los pequeños centros urbanos que rodean el área de estudios. Los Reyes, Tingüindín, Cotija y Tocumbo conformaban pequeños centros regionales hacia los cuales fluían los productos de la sierra y que suministraban a cambio los artículos y algunos servicios que hacían falta. Recibían notablemente una parte importante de la producción artesanal: papas, cayotes, suaderos, canastas, chiquihuites, cestos, etcétera. Abrían un mercado para una amplia variedad de productos agropecuarios: puercos, pollos y huevos, chile y jitomate, frutas, además del queso y de los animales.

El acceso a estos mercados y, por ende, la integración regional de las vertientes de la Sierra del Tigre, dependía en un alto grado de los comerciantes itinerantes y de los transportistas. Eran hechos a imagen de la economía regional: sumamente diversificados. Los arrieros que atravesaban la región mensualmente durante la estación seca se hacían

cargo del transporte más pesado. Traían por encargo de los rancheros abarroterías, materiales de construcción y muebles principalmente, y sacaban excedentes de producción de todo género. Acudían también a la sierra varios compradores de ganado, casi siempre alejados y conocidos, que recogían novillos, bovinos de desecho y las engordas de puercos. Los “maritateros” eran también comerciantes oriundos del lugar mismo que recorrían periódicamente todas las rancherías, llevando su mercancía en el lomo de dos o tres mulas: cigarros, cerillos, pan, chocolate, golosinas y algunas medicinas. Recibían a cambio huevos, pollos y frutas que vendían a su regreso a los pueblos vecinos. Los “maritateros” hacían a pie recorridos que se podían extender más allá de una semana intercambiando productos de rancho en rancho. Los “huacaleros” eran comerciantes indígenas procedentes en su mayoría de la Meseta Tarasca. Traían loza que intercambiaban también por huevos y gallinas. Los “varrilleros” estaban especializados en la venta de artículos de mercadería. Salían de Los Reyes cargando en sus espaldas un bulto pesado y no regresaban sin antes haber vendido toda su mercancía. También llegaban ocasionalmente indígenas tarascos a buscar novillos para amaestrar y castrarlos. Estos animales se utilizaban luego en los trapiches, en algunas parcelas de cultivo o bien se vendían o rentaban a campesinos de Tierra Caliente. Por último, abundaban en la sierra pequeños “zangarros”, tiendas diminutas que ofrecían algunos de los artículos más indispensables.

El desarrollo en ese grado de los intercambios puede resultar bastante sorprendente en el caso de una región de difícil acceso y cuya población está diseminada en el espacio. Es más, varios de los productos importados y la mayoría de los exportados eran perecederos: los intercambios tenían por lo tanto que ser sumamente frecuentes. Los excedentes que se vendían eran producidos en un ámbito familiar, o sea en pequeñas escalas: las transacciones sólo podían por lo tanto involucrar volúmenes pequeños.

En realidad, este tipo de comercio sólo puede entenderse en relación con los medios de transporte que empleaba. El uso exclusivo de energía muscular, de bultos y cestos permitía superar gran parte de los obstáculos que imponían el relieve, las distancias y la organización regional. Este tipo de transporte es lento y tiene costos unitarios elevados, pero puede prescindir de caminos y carreteras. Sobre todo es sumamente versátil. Se acomoda a cargas de muy diversa naturaleza y no tiene, para ser operativo, que manejar elevados volúmenes de mercancía. En otros términos, es un sistema de transporte perfectamente

acorde con la racionalidad que caracteriza la economía y la sociedad regionales. Responde muy bien a sus exigencias, tanto para traer los productos que no tienen sustitutos como para llevar los excedentes que se destinan a la venta, o sea un poco de muchas cosas diferentes. Desafortunadamente, el transporte tradicional es el único que puede responder a estas exigencias.

Bajo los auspicios del centralismo

Se abre al final de la década de los 60 un periodo de franco y (relativamente) rápido decaimiento. De 1960 a 1983, la población total disminuye un tercio o más. Se observa también que la mitad, al menos, de la generación nacida entre 1940 y 1970 (que incluye todavía un número significativo de individuos que no están aún en condición de independizarse y emigrar) reside hoy en día fuera de su lugar de origen. El hecho de que estos flujos migratorios puedan relacionarse directamente con una profunda desagregación de los tejidos económicos no tiene nada sorprendente. La desaparición de fuentes de empleo y de expectativas económicas fomenta la emigración; la falta de brazos a su vez tiene un impacto negativo sobre la actividad económica.

Poco a poco, todos los trapiches han dejado de operar por incosteables: el piloncillo de la sierra no compite con el azúcar subsidiado producido en los grandes ingenios. El tabaco ha dejado de cultivarse y el último artesano, un viejo testarudo, se mudó a Los Reyes hace unos cinco años. La porcicultura y la avicultura no tienen otro fin ahora que la satisfacción directa de las necesidades familiares: sus productos no tienen mercado y no hay quién se arriesgue a transportarlos a los centros urbanos. Han quedado en un estado de franco abandono, lo mismo que la producción de frutas y hortalizas. Ningún producto sale ya de la sierra aparte del queso, de los animales y, desde hace poco, de la mariguana.

Esta evolución puede relacionarse evidentemente con el desuso del transporte y del comercio tradicionales. Con la deserción de los transportistas y comerciantes ambulantes, la región ha entrado en un proceso de marginalización económica y social: hoy en día está mucho más aislada que nunca. Con el cierre de los mercados tradicionales desaparecen todos los incentivos a la diversificación de actividades y se debilitan la organización del trabajo y el sistema de producción regional. La especialización y el empobrecimiento de la economía regional fomentan una

simplificación de la estructura social que la emigración agudiza luego en forma constante. La sierra va perdiendo su cohesión, sus tejidos sociales se aflojan y su capacidad de retención de la población disminuye. Cobra vigor así un proceso acumulativo que amenaza con convertirla en un verdadero desierto humano. En este sentido, las dificultades crecientes que encuentran los ganaderos para conseguir medieros y peones son preocupantes. Algunos piensan ya dejar de ordeñar y de producir queso. A la larga, un proceso de extensificación amenaza la ganadería: el decaimiento de los cultivos implica una disminución notable de los recursos forrajeros (producción de pasto con los desmontes y de complementos con el maíz) y una mayor incidencia de los áleas climáticos.

La explicación de esta evolución se buscaría en vano en el ámbito regional. La sierra ha demostrado tener un elevado potencial económico siempre y cuando tuviera acceso a un mercado donde realizar sus productos. Su decaimiento, por lo tanto, da a entender que sus mercados tradicionales no son ya aptos a recibirlos. La decadencia de la sierra remite así a una crisis de la integración espacial regional y del papel que desempeñan los pequeños centros urbanos. Se trata de una crisis que difícilmente podría entenderse sin referencias al proceso de urbanización. La urbanización ha tenido un ritmo y características que han afectado profundamente las modalidades de integración del territorio nacional. La concentración de la población y de las actividades más dinámicas en un pequeño número de grandes ciudades ha dado un fuerte impulso al centralismo. Con la urbanización se está difundiendo en todo el país una racionalidad económica, un tipo de desarrollo que, en muchas ocasiones cobra auge a expensas de los tejidos económicos y sociales regionales. Esta tendencia es notable en las modalidades de integración de las actividades agropecuarias en el aparato productivo nacional. En efecto, la expansión urbana ha redundado en la constitución de mercados sumamente importantes y concentrados. Por sus características mismas, se prestan perfectamente a la constitución de redes de acopio y de comercialización sumamente extensas y centralizadas. Los importantes volúmenes de mercancías que transitan en estos mercados implican una fuerte dispersión en el espacio de los centros de acopio. En el mismo sentido, la elevada concentración de estos mercados, su situación de casi monopolio, fomenta el centralismo. Esas redes detienen por lo tanto un poder económico virtualmente ilimitado que les permite incidir fuertemente sobre la producción primaria, transformándola de acuerdo con las exigencias de sus estrategias de expansión.

El abasto de los grandes mercados urbanos tiene que organizarse sobre grandes distancias, poniendo por lo tanto en competencia a regiones y productores muy alejados unos de otros. Tiene un efecto nivelador que penaliza a los sistemas de producción y a las sociedades regionales menos aptos a responder a las nuevas exigencias que se están imponiendo. Así, la organización del transporte y del acopio tiene que respetar normas muy estrictas impuestas por los centros de comercialización. Considerando las distancias que cubrir, el transporte tiene que ser bastante rápido. Tiende por lo tanto a especializarse y a manejar preferentemente grandes volúmenes de mercancías para abatir sus costos unitarios.

Rapidez, especialización y manejo de grandes volúmenes son en consecuencia también normas a las cuales tienen que someterse los centros de acopio. Desde luego implican también exigencias a las cuales el sistema tradicional de transporte no puede responder. La flexibilidad y la alta penetración que caracterizan al transporte basado en el uso de energía animal no pesan nada frente a su lentitud, a los bajos volúmenes que alcanza a manejar y a sus elevados costos. Ahora bien, con la eliminación del transporte tradicional, las regiones apartadas pierden toda esperanza de acceso a los mercados más amplios y dinámicos.

Desafortunadamente, la apertura de caminos no cambiaría probablemente nada esta situación. La especialización y la entrega de grandes volúmenes de mercancía son también normas que se están imponiendo a los productores. En el caso, estas exigencias aventajan ampliamente a los productores y a las regiones que benefician de recursos concentrados (grandes extensiones de tierras fértiles, planas con riego) donde la difusión del modelo tecnológico occidental no plantea problemas serios. Este se asienta en efecto en la obtención de economías de escala, en la uniformización de las variedades producidas y en la especialización. Ambos son rasgos que coinciden estrechamente con las normas que imponen los centros de comercialización. En cambio, la agricultura orientada hacia la valorización de recursos dispersos (en regiones accidentadas, de temporal) y por lo tanto diversificada (sistemas de policultivo-poliganadería) no puede integrarse a esa dinámica.

No cabe duda tampoco que está perdiendo también toda oportunidad de acceso a sus mercados tradicionales. Las grandes redes de comercialización y acopio siguen estrategias de expansión que involucran también los mercados de las ciudades intermedias y pequeñas. Los pequeños centros urbanos se ven así inducidos a asumir, primero, funciones de centros de acopio especializados (centros de drenaje al servicio

de las grandes urbes) y luego de mercado final subsidiado. Con su integración en las grandes redes de acopio y comercialización, su área de abastecimiento se amplía desmedidamente, se fragmenta para perder todo contenido espacial concreto. Dejan en este momento de asumir su papel de centros integradores del espacio rural.

Las vertientes de la Sierra del Tigre pueden tener características muy peculiares, tanto desde el punto de vista histórico como de las características de la sociedad regional. No cabe duda, sin embargo, que la suerte que está viviendo esta región depende ante todo de presiones que se expresan en la escala de la sociedad global, directamente vinculadas con el centralismo y las modalidades de urbanización.

En este sentido, el estudio de Esteban Barragán muy bien puede considerarse como ilustrativo. Analiza tendencias globales que afectan potencialmente a todas las regiones apartadas o cuyas comunicaciones se asientan en el sistema de transporte tradicional. Las conclusiones a las cuales lleva su trabajo tienen también mucha probabilidad de verificarse en el caso de la agricultura que no puede involucrarse en una dinámica de especialización estricta. Conduce por lo tanto a una nueva visión de los procesos de integración de la agricultura campesina.

Conclusión

La sociedad mexicana ha sido profundamente transformada por un crecimiento demográfico muy elevado y por una fuerte y rápida expansión urbana. Se trata de una evolución bastante estudiada ya, al menos en sus manifestaciones globales. En cambio, sus modalidades y su impacto en las regiones apartadas y escasamente pobladas se desconocen virtualmente del todo.

Se propone un estudio de los grandes rasgos de la organización económica y social de una de estas regiones, localizada en el extremo poniente de Michoacán. Se evidencia que la suerte de esta región queda muy estrechamente ligada a la vitalidad del sistema de transporte y comunicación que la une con los pequeños centros urbanos vecinos...

Las conclusiones a las cuales lleva el estudio son poco halagüeñas. La expansión urbana y el centralismo que fomenta asientan la hegemonía de un sistema de transporte que obedece a una racionalidad económica y social totalmente diferente. En particular, impone normas de acceso a los mercados (nacional y luego regionales) que implican una marginalización total de los productores de las regiones caracterizadas por una elevada dispersión de sus recursos.

NOTAS

1. Según los censos de población respectivos.
2. Según Nafinsa (*La economía mexicana en cifras*, México, 1981, p. 14), la participación de la población agrícola en la población total pasa de 66% en 1940 a 54% en 1960 y alcanza 32% en 1980. En realidad el deterioro puede ser más marcado aun si se toma en cuenta la magnitud de la agricultura a tiempo parcial (combinada con actividades no agrícolas).
3. Nafinsa, *op. cit.*
4. Que fomenta una concentración de la producción lechera en grandes cuencas y privilegia la industrialización de los lácteos a expensas de la producción en pequeña escala (y por lo tanto descentralizada) de quesos y dulces.
5. El Colegio de Michoacán, Zamora, junio de 1986.
6. El Colegio de Michoacán, Zamora, junio de 1986.
7. Tampoco hay que sembrar mucho antes del inicio de la estación de lluvias para que no se sequen los plantíos de maíz.
8. Existe al parecer un límite máximo de 250 o 300 ha. Es función de: la fuerza de trabajo familiar disponible durante la estación seca; la fuerza de trabajo familiar y contratada durante la ordeña; el ritmo "normal" de acumulación en las unidades de producción que depende de la extensión inicial del predio, del coeficiente de agostadero y de la fecundidad del ganado.
9. Por el hecho de controlar el espacio. Un mediero que invertiría sus ahorros en la compra de ganado difícilmente conseguiría trabajo.

EVOLUCION DE LA PRODUCTIVIDAD DEL TRABAJO
(1940-1979, EN PESOS DE 1960)

	1940	1950	1960	1970	1979
Sector primario	2 364	3 310	3 931	6 901	6 638
Industrias	12 877	16 753	20 491	33 135	37 553
Total	7 971	10 071	13 350	22 229	24 875

Fuente: Nafinsa, *La economía mexicana en cifras, op. cit.*, p. 43.